

III

Me encuentro en medio de verdaderos grupos políticos, algunos de ellos extensos y bien armados, semejando ejércitos disciplinados que responden al imperio de una sola voz de mando. Pero los que más sobresalen son los siguientes (unos tienen jefe conocido, otros lo tienen anónimo, como las sociedades financieras): Partido Conservador y Partido Liberal. De los que se desprenden: el partido porfirista, partido científico, partido reyista, partido clerical y partido católico. Existe otro que se denomina jacobino, el cual puede pertenecer á los católicos ó á los liberales; en consecuencia, siendo los jacobinos unos extremosos y exaltados, pueden ser llamados jacobinos católicos ó jacobinos liberales, según que pidan por jefe á un cura, ó bien á un hijo de la revolución. Estos políticos son excesivamente peligrosos, porque tienen la idea de la destrucción constantemente; son como las fieras del bosque, siempre están oliendo á sangre humana, y todo el que no piensa como ellos, es enemigo declarado de ellos.

En el transcurso de este libro iré estudiando los vicios, primero, y las virtudes, después, de los diferentes partidos arriba apuntados. Pero antes convendrá dar una ojeada á la situación que actualmente guarda la república, á fin de que el lector pueda apreciar la cuestión desde cualquier punto de vista. Para esto, no será por demás tampoco retroceder en la observación histórica.

CAPITULO VI

CONSIDERACIONES TRISTES. ¡TREINTA AÑOS ATRAS!

I

DIRÍJASE la mirada á lo pasado, estúdiense con calma los sucesos idos, medítese de un modo sereno y tranquilo en las consecuencias de las cosas pasadas, ábranse las hojas de la historia, y se verá claramente que nuestro país ha pagado más de lo que debe en la balanza de la justicia, ha satisfecho con creces sus cuentas pendientes. Retrocédase en el tiempo y en el espacio (como diría un obispo de voz de tiple), y se tendrá una diferencia colosal, enorme, entre lo que fuimos y lo que somos, entre nuestra condición pasada y la que ostentamos ahora.

Al solo recuerdo, basta para considerar los caminos que hemos tenido que recorrer, para llegar á estas alturas. Pero es preciso examinar un poco, detener los vuelos de la imaginación y entrar en ciertos pormenores, ocultos, porque se los quiere ocultar, para engañar á los incautos.

Vuelvo á decir: la verdad es amarga, pero no deja

de ser verdad, aunque así se muestre. ¿Hay que desconocer los benéficos efectos del veneno tan sólo porque no agrada al paladar? Con las náuseas que produce y todo, cura los males, alivia los dolores para los cuales es antídoto y engendra su aplicación un hondo bienestar en los órganos que afecta.

Analicemos.

II

Los hombres intelectuales, los que están encargados de dilucidarlo todo, han entrado en discusiones más ó menos profundas respecto de las condiciones especiales que nos distinguen como pueblo. Remontan los unos hasta nuestro origen, y concluyen que somos incapaces de ciertas prerrogativas políticas, porque impera en nuestro espíritu algo que tiende siempre á la sujeción, en lo civil, y á la idolatría, en lo religioso; porque existen en nuestra sangre gotas que aun conservan su primer tinte y, á través de los siglos, permanecen con los albores de su primer color. Esto, en vez de impulsarnos, nos hace retroceder, ó permanecer estacionarios, poniéndonos en condiciones incompatibles con el desarrollo y haciéndonos ver con estoicismo lo que en torno nuestro gira. Por más que queramos, trayendo de origen este estado de cosas, afirmar, no somos accesibles al cambio, porque esto sólo cuadra con los seres cuya constitución es diversa á la nuestra; y como en el cambio reside el péndulo del progreso, el amor al adelanto, esnos materialmente imposible entrar por las sendas que conducen á la rápida transformación.

Extendiéndose (los que comulgan con tales ideas), filosofan así, para justificar sus asertos: La filosofía pura distingue en los seres diversas causas que, atendiendo á su formación, los impulsan al cambio de estado y condiciones. Estas suelen ser de esencia ó accidentales: las primeras hacen que el sér sufra una transmigración esencialmente absoluta, y las segundas sólo afectan á la forma, para mejor adornar el fondo; ó, en otras palabras, tienden á perfeccionar la esencia, haciéndola presentarse con mejores formas.

Evidentemente, que si determinados seres, al pasar á la vida, llevan en sí los gérmenes del estado permanente, es inconcuso que, á no ser una transmigración absoluta, no es posible el cambio: nacen y mueren en las mismas condiciones. Pero si son de aquellos en los cuales es fácil la transformación de clase en otra mejor, entonces el camino está allanado, y la perfección se obtiene.

Tales ideas son aplicables á todos los entes, porque las leyes generales de que derivan sirven de base á todo lo que existe ó puede existir. No hay razón, pues, para que en ellas no esté comprendido el hombre. Siendo este el principal factor de los pueblos, éstos, indudablemente, también tendrán los caracteres de aquel. Si él puede sufrir el cambio, ellos también lo sufrirán; si él permanece en *statu quo*, ellos por fuerza tienen que hacerlo. Pues en los pueblos el agente activo es el individuo, sin cuya voluntad nada se mueve, porque le faltaría el eje del movimiento.

Así argumentan los que, pretendiendo establecer la superioridad de razas, se constituyeron en defensores del conquistador. Por origen y por sangre, el

pueblo mexicano tenía algo en las venas que lo impedía prosperar. Se le enseñaba, dicen, pero él, siendo incapaz de aprender, nada retenía, por la incompatibilidad de su constitución moral y física.

El hombre de bien, el que esté animado de sentimientos y sabe distinguir, ya no con la ciencia de un profundo filósofo, sino simplemente con los ojos de una razón sencilla, comprenderá ese maremágnum de estupideces filosóficas que esgrimen hombres que se juzgan con ciertos alcances intelectuales.

En cambio, otros, mejor dispuestos y de mayores tamaños científicos, de más extensos estudios históricos, resuelven la cuestión de otro modo.

Sus palabras son estas: El pueblo conquistado era superior al pueblo conquistador, en bravura, en valentía, en generosidad y en nobleza, si—como de hecho tiene que suceder—estas palabras se toman en su extensión relativa. Los conquistadores traían móviles innobles al país de los Moctezumas; se valieron del engaño, de la mentira, del exterminio, y de su conocimiento del arte de la guerra, para subyugar á un pueblo grande, aunque supersticioso. Se vió que el indígena era de ideas elevadas respecto de gobierno y de disciplina, y tenía profundo respeto á la propiedad; en tanto el conquistador tenía tendencias muy marcadas al despojo, á la piratería y al robo.

Así argumentan estos últimos. Y deducen que, á no postergarlo y envilecerlo los nuevos mentores, el indígena era el espíritu más á propósito para todo lo grande, el más apto para todo lo sublime, el más diestro para todo lo difícil. Toda su abyección, todo su atraso, todos sus trastornos y la depresión de sus sen-

timientos intelectuales, fueron causados por la tiranía del conquistador.

Expuestas ambas doctrinas, ¿quién tiene de su parte la razón?

A fin de presentar un cuadro completo, hay que retroceder á las épocas pasadas. Con una exposición sucinta, es más fácil apreciar: para absolver ó condenar, es preciso conocer hechos.

Retrocedamos, aunque tengamos que repetir.

III

Los amigos de los tiempos coloniales tienen que convenir: 1º, en que el pueblo mexicano estaba bien dispuesto para recibir una educación sólida; 2º, en que los indígenas mostraban un grado de cultura digno de mejor suerte; 3º, en que los elementos que tenían los españoles á su disposición eran poderosos para transformar al pueblo conquistado en otro más perfecto; 4º, en que los conquistadores redujeron á peor condición que la de las bestias al pueblo conquistado; y 5º, en que los mismos conquistadores no podían enseñar lo que no sabían, siendo, en su totalidad, una horda de ignorantes.

¿Por qué, para defender tantos errores y desastres, habíase de ultrajar los fueros de la verdad? ¿Acaso la mentira constituye una defensa? Por no herir la susceptibilidad de los honorables españoles que nos rodean y hacen vida común con nosotros, quienes—casi todos—conocen y confiesan los yerros de sus antepasados, ¿es justo lastimar aún la dignidad de

aquellos valientes que fueron unas fieras para la lucha? ¿No fueron suficientes los tormentos que recibieron en aquel entonces, para seguir inculpándolos? Que, para sus fines de ambición, su sed de riqueza, su hambre de señoreo y mando, el español de la conquista haya desconocido el origen igual del indio, me parece que estaba en su indebido papel; pero que ahora, en una época de raciocinio, en un período histórico de reconocimiento, aun se quiera decir que lo blanco es negro, sólo cuadra con las almas serviles, con los hombres que adulan y con los escritores que van al sol que nace. Estoy seguro que la gente intelectual de España, la parte que piensa, los hombres que valen allá, condenan la conducta seguida por los que conquistaron á América. ¿Cómo es posible que se niegue aún lo que está pasando ahora?

Podráse disculparlos, atribuyendo al tiempo lo que entonces pasó; pero yo no puedo—no debo—anunciar la pena que para ellos señala la historia. Podrán no ser culpables los reyes de aquella época, porque hicieron lo que pudieron; mas á los conquistadores no es posible quitarles el dictado de tiranos en nombre de la Cruz, de verdugos en nombre de Dios y de victimarios en nombre de una religión sublime, que es toda piedad y mansedumbre.

El que se vale de una virtud noble para robar; el que invoca el nombre de la divinidad para despojar al prójimo; el que se presenta con piel de oveja para destrozar la carne de su semejante; el que finge decir verdad, siendo un falsario; el que se atreve á invocar el nombre de Cristo para diezmar los hogares, ese no puede tener perdón ante la humanidad, ni in-

dulgencia ante la historia; que ni la una ni la otra distinguen á los delincuentes: ¡ambas tienen la fuerza y la majestad de la ley!

Ved allí, en ese espejo, la imagen de los conquistadores! Pero contemplad esa faja rojiza que atraviesa el cielo de América; en ella están inscriptos los nombres de los héroes que hizo surgir el hacha terrible de los colonos de este virgen continente! ¡Allí están grabados con sangre! Fulguran con luz inmortal Cuauhtémoc y Xicoténcatl, á cuyos pies tañe su laúd de épica estrofa Netzahualcoyotl.

La dominación española, desde que Cortés descendió de sus naves en Veracruz, fué una no interrumpida cadena de crímenes, ante los cuales no hay alma compasiva que resista. Todo aquello se redujo al saqueo y á los tormentos, para saciar la sed del oro: la atmósfera llegó á saturarse con el humo que salía de los sacrificios humanos. Densas nubes ascendían de las hogueras, en cuyo centro se leía: QUEMADO POR HEREJE Y PORQUE NO QUISO ENTREGAR SUS TESOROS como tributo á Dios y al rey. El cielo de México era obscuro y sombrío; se diría que se parecía á la actual Londres, si entrase uno en comparaciones y símiles, aunque el cielo de la vieja Albión es negro por distintas causas: el uno se convertía en negro rojizo por las flamas que salían del lugar del sacrificio humano, y el otro lo es por las muchas y grandiosas fábricas industriales que dan vida, y no destruyen, al hombre.

Dueños absolutos de vidas y propiedades, aquellos heráldicos aventureros, armados de mando en gracia de la suerte, paseaban su iniquidad por todas partes,

y mientras las almas de los vigorosos naturales se retorcián en las flamantes hogueras, ¡oh! sus verdugos corrían las cuentas del rosario y leían las páginas sublimes del código inmortal de los cristianos. De esta manera, en nombre de Dios, quemaban á hombres, mujeres y niños; invocando á Cristo, penetraban á las chozas de los infelices, y, en tanto el desinteresado fraile enseñaba en los templos el catecismo, despojaban y saqueaban; haciéndose la señal de la Cruz, vagaban aquellos malhadados conquistadores sembrando la desolación, la orfandad y el llanto.

Escogían—y eso que venían á predicar la doctrina del Crucificado—lo mejor de aquel rebaño para concubinas—esclavas. ¿Cómo es posible que hallan sido enviados de un Dios benigno y piadoso los que así se portaban? ¿Cómo—aun á estas alturas—hay quienes los defienden? Por ventura, aun después de tantos años ¿queréis engañar y torcer los fueros de la historia? A la luz del día, y en medio de una generación que conoce sus derechos, ¿queréis convertir á la humanidad en cómplice de los delincuentes?

A tanto llegaron los horrores, que los pobres frailes, á quienes los indios deben la conservación de vida y bienes, se proclamaron en contra de los mandarines y los acusaron ante el trono. Mas las acusaciones se convirtieron en látigo contra sus autores, porque aquellos verdugos, con sobornos, humillaciones y falsedades, lograron torcer la voluntad de los monarcas iberos. Y de este modo, todo quedaba impune, y volvía el indígena, convertido en bestia de carga y vehículo de comodidades para los barbudos incultos, á la misma vida de oprobio.

Durante tres siglos de ignominia, aquel pueblo sufrió en nombre de la Cruz, un signo que no conocía, y cuyos efectos predicados eran muy diversos en la práctica. Se le hablaba del respeto á la propiedad ajena, del perdón de las ofensas, de la mansedumbre de corazón, de la pobreza; y los mismos que predicaban tan bellas doctrinas, eran unos ladrones cínicos; unos agresores rencorosos y de malas entrañas; unos orgullosos y con instintos de hiena en el alma; unos avaros y miserables en frente del oro, que, aun á costa de la fe que predicaban, andaban en pos de él. ¿Cómo,—se decían aquellos sencillos indios,—es posible que esta gente sea buena, y la religión que enseñan sea la más benigna, si ni ellos mismos pueden cumplir con sus preceptos?

Quien predica lo que no ejecuta, es un malvado, y otra cosa no fueron los que tuvieron sumido á un pueblo, durante tres centurias, en un estado de abyección y miseria. Los advenedizos se trocaron en dueños y señores, y el verdadero señor y dueño vino á ser esclavo y sirviente, como el buey que surca la tierra sin contribución de ninguna especie, ni tampoco facultades para reclamarla.

Serán—vuelvo á decir—todos estos errores hijos del tiempo; pero esto no justifica á nadie para negarlos. ¿Dudáis de su veracidad? Abrid la historia y leed.